

Dulcino fué preso en 1308 y quemado en compañía de una mujer llamada Margarita que habia sido la cómplice de sus desórdenes y de sus crímenes. Escribió tres cartas á la cristiandad (1).

FOSARIOS.

Herejes del siglo xiii llamados así porque se refugiaban en las fosas y en otros lugares subterráneos, para predicar sus impiedades y cometer crímenes horribles. Venían á formar una de las numerosas ramificaciones de los albigenses que habia en Bohemia.

Menospreciaban los principales ritos de la Iglesia, los sacramentos y sus ministros. Su principal ceremonia consistía en una iniciación por cierto bien curiosa. Cada iniciado debia tragar una mosca enorme, la más gruesa que les era posible encontrar, y esta mosca, sobre la cual habian ya cumplido sus ritos supersticiosos y diabólicos, encerraba el Espíritu Santo que comunicaba á cada uno de ellos una fuerza y vigor que le hacia no poder dejar la secta, y de permanecer adheridos con toda la fuerza de sus convicciones á sus errores.

Esta secta impía y ridícula acabó por desaparecer confundándose con la de los bohemios husitas (2).

(1) Murat., t. ix: Script., Ital.; Platina, in vita Clem. V; Prateolus, tit. *Dulcino*; Sander, hor. 150.

(2) Trithem., in Chronic. Spanheim; P. Alexand., Hist. eccl. xv sæculi, p. 400.

COMINELIANOS.

Secta de valdenses llamados así, tal vez porque hacian comunes todas las cosas. De esta secta hace mención la constitucion del emperador Federico II contra los cátaros y los paterinos.

Segun vamos viendo, la mayor parte de las sectas de esta época venian á ser comunistas: segun se ha notado, muchas de ellas hacian comunes hasta las mujeres. Esto hace presumir que eran hombres poco dados al trabajo y de costumbres corrompidas, y además que pertenecian en su mayor parte á la hez de los pueblos. Siempre se ha visto, y muy especialmente en el último tercio del siglo xviii y en lo que vá corrido del xix, que han proclamado las ideas del comunismo los que nada poseen y miran con envidia á los poseedores de las riquezas; los que pretenden hacer fortuna no por la aplicacion y el trabajo honrado, sino por medios reprobados por las leyes. Es ciertamente muy cómodo, si se prescindie de la conciencia, el adquirir bienes, sin poner en tortura la inteligencia ni gastar las fuerzas en los trabajos. Empero hemos visto más de un ejemplo de hombres que proclamaron con ardor y entusiasmo el socialismo cuando nada tenían, y que lo han combatido con todas sus fuerzas y energia luego que poseyendo bienes han temido que les puedan ser arrebatados. Luego es solo el egoismo el móvil de su criminal conducta. La Providencia ha arreglado sabiamente la sociedad, y es una temeridad el oponerse á lo dispuesto

por Dios. Entre este socialismo estúpido y la vida comun de ciertas comunidades religiosas existe una diferencia inmensa; la diferencia que vá de la virtud al crimen. Aquel es la síntesis del egoísmo y de la maldad, al paso que esta es la perfección de la vida evangélica.

TURLUPINOS.

Llamábanse así ciertas sectas de herejes ó más bien de libertinos, que se esparcieron por Francia, Alemania y los Países Bajos en los siglos xiii y xiv. Hacían gala de impudencia y sostenían que no debía tenerse vergüenza de nada de lo que es natural al hombre, pues que es obra de Dios. Pueden comprenderse fácilmente las consecuencias de tal doctrina. Iban desnudos por las calles y no pueden consignarse sin rubor los excesos á que se entregaban. Pronunciáronse contra ellos muchas censuras y fueron condenados en varios concilios, pero ellos despreciaron tales censuras y condenaciones, y aparentando una falsa espiritualidad lograron seducir á muchas personas de uno y otro sexo, y tuvieron el atrevimiento de dogmatizar en París, en cuya capital fueron quemados muchos, entre ellos un tal Juan Abandonne, juntos con sus libros en 1373.

Anteriormente en 1310 había sufrido la misma pena de ser quemada Margarita Poretta, que se distinguía entre ellos, pereciendo en la hoguera un correligionario suyo. Aquella mujer había compuesto un libro en el que se esforzó en probar que el alma, cuando está absorta en el amor de

Dios, no se somete ya á ninguna ley, y que puede, sin hacerse culpable, satisfacer todos los apetitos naturales.

Tal era la corrupción é inmoralidad de los turlupinos que reputaban el pudor y la modestia como señales ciertas de corrupción interior, como el carácter de un alma sujeta á la dominación del espíritu sensual y animal.

La doctrina de los turlupinos era la misma que la de los begardos. Muchos de ellos no seguían en la práctica las consecuencias odiosas é indecentes de sus principios, pero la mayor parte concluyeron por el libertinaje. Así lo dice Mosheim, y el abate Bergier, tomando acta de estas confesiones del escritor protestante, raciocina de este modo: «En vista de todas estas confusiones, no comprendemos cómo este historiador pudo declamar con tanta acrimonia contra la crueldad y barbarie con que suponen fueron tratados estos sectarios, contra los procedimientos de los papas, las sentencias de los inquisidores, etc. ¿Debia pues dejarse propagar una herejía tan perniciosa á la religion y á las costumbres? Es constante por los mismos monumentos que Mosheim citó, que ninguno de estos fanáticos fué castigado por su doctrina precisamente, sino que todos lo fueron por su conducta infame y escandalosa. Otros protestantes han manifestado aun más odio contra la Iglesia romana, cuando sostuvieron que todos los herejes que en la Edad Media se rebelaron contra ella, no eran reprehensibles ni en su doctrina ni en sus costumbres, que se les calumnió para hacerlos odiosos al público, y que no fueron culpables de otro crimen que de haber sacudido el yugo de las leyes tiránicas y de las supersticiones de aquella

Iglesia. El mismo Mosheim no pudo probar su obstinación.»

No nos es posible dar una etimología satisfactoria del nombre *Turlupinos*, que por otra parte tampoco han sabido encontrarla los escritores que se han ocupado de estos sectarios. La palabra *Turlupin*, francesa, significa en español chocarrón, bufón sin gracia. ¿Sería la chocarrería ó el poco pudor de estos sectarios lo que dió origen al nombre con que son distinguidos?

TANQUELIN.

Llámanle otros *Tanquelino* ó *Tanquelmo*, y fué un hereje que causó mucha perturbación en el Brabante y en Flandes. Su enseñanza no podía ser más impía. Decía que los sacramentos de la Iglesia católica eran unas abominaciones, que los sacerdotes, los obispos y el papa no eran más que legos sin carácter alguno sacerdotal; que el diezmo no les pertenecía en manera alguna, y que la verdadera Iglesia no se componía más que de sus discípulos.

Tanquelin más que hereje era un infame, sin creencias de ninguna clase, que procuraba satisfacer sus brutales pasiones á costa de las víctimas que lograba hacer. Seducía á muchas mujeres, abusaba de ellas, y fascinándolas se hacía dueño de los bienes que poseían.

Consiguió formarse un gran partido en que se hizo jefe, lo cual le enorgullecíó sobremanera y afectó la magnificencia y el lujo de un monarca. Y á tanto llegó en su orgullo des-

medido, que pretendió que así como Jesucristo es adorado como Dios porque ha tenido el Espíritu Santo, á él se le debía dar el mismo culto, toda vez que había recibido también la plenitud del Espíritu Santo.

El arzobispo de Colonia hizo prender á aquel insensato impostor, mas él se escapó de la prisión y volvió á dedicarse á sus impías predicaciones. Al fin, en uno de los tumultos que generalmente se excitaban, Tanquelin fué muerto. San Norberto y sus canónigos regulares contribuyeron en gran manera á que fuese disipada aquella secta impía que sobrevivió algún tiempo á su fundador.

Hé aquí ahora una juiciosa reflexión de un sabio escritor: «Como un hereje que declama contra el clero no puede jamás equivocarse, según el juicio de los protestantes, Mosheim dice que si los crímenes imputados á *Tanquelin* fueren verdaderos, hubiera sido un monstruo de impostura ó un loco de atar, pero que son increíbles y por consiguiente falsos; que ha lugar á creer que el clero le imputó blasfemias para vengarse de él. *Hist. Eccl.*, part. 2.^o, cap. 5, § 9.

«Nos parece que ha lugar á pensar lo contrario. 1.^o Es más natural creer que un sectario ignorante y fanático, embriagado de su éxito, haya llegado á ser impio é insensato, que juzgar sin prueba que todo el clero de la ciudad de Utrecht estaba compuesto de calumniadores. 2.^o Los historiadores de la vida de san Norberto, testigos contemporáneos, han comprobado lo mismo que el clero de Utrecht. 3.^o La multitud de impostores de la misma especie que apreciaron en el siglo XII, tales como los cátaros, llamados también patarinos y albaneses, especie de maniqueos, Pedro

de Bruys y Enrique Arnaldo de Brescia, Pedro Valdo y los valdenses sus discípulos, los pasagininianos ó circuncisos, los *capuciatí*, los apostólicos, Eon, etc., cuyos errores é impiedades ha referido Mosheim, aunque haya disimulado muchos de ellos, prueba demasiado que, en este siglo de vértigos todo es creíble de parte de los falsos iluminados. 4.º Si se reuniesen todas las groserías, las ocurrencias de taberna y los rasgos de locura esparcidos en los libros de Lutero escritos en alemán, se vería uno tentado á decir que merecía por lo ménos ser encerrado ó condenado como hereje. Mas se ignoran; nadie los lee ya, ni aun los luteranos: esto salva el honor del patriarca de la Reforma. ¿Se sigue que no es él su autor, y que el clero católico, por sus declamaciones, es el que los ha forjado (1)?»

Estas razones del sabio escritor no tienen contestación posible. En vano, pues, Mosheim se esforzará en negar los crímenes de Tanquelin, expresados, como ha dicho Bergier, por los que escribieron la vida de san Norberto que tanto trabajó como antes hemos indicado para la extinción de aquella secta impía, una de las muchas que en los siglos XII y XIII combatieron el catolicismo.

BOGARMILAS.

Secta de herejes nacida de los maniqueos ó paulicianos, llamada también *Bogomilas* ó *Bongomilas*. El nombre, según Ducange, se deriva de la lengua búlgara ó esclavona,

(1) Bergier: Dic. de Teol.

en la que *bog* significa Dios y *milvi* tened piedad. Designaba, pues, á los hombres que se entregaban con absoluta confianza á la misericordia de Dios.

Los bogarmilas bajo este nombre enseñaban grandes errores, una doctrina impía, parte de la de los maniqueos y parte de los mesalianos.

Decían que no era Dios el que había criado el mundo, sino un demonio malo, y que Jesucristo no tuvo sino un cuerpo fantástico. Negaban la resurrección de los muertos, y admitían una resurrección espiritual por medio de la penitencia.

Del Antiguo Testamento solo admitían siete libros. Tampoco admitían la Eucaristía ni el sacrificio de la misa. El único rezo que tenían era la oración dominical, y decían que esta oración era la única Eucaristía. Condenaban el matrimonio; despreciaban las cruces y las imágenes; aseguraban que el bautismo de los católicos no era sino el bautismo de san Juan, y que solo ellos administraban el bautismo de Jesucristo.

A estos herejes se les atribuyen otros muchos errores, y algunos de ellos sobre el misterio de la Santísima Trinidad. Algunos abjuraron sus errores, pero el jefe de la secta, que era un médico, prefirió, antes de abjurar, dejarse quemar en Constantinopla (1).

Estos herejes fueron luego llamados *búlgaros*, por hallarse en bastante número en la Bulgaria y en otros puntos donde lograron extenderse. (Véase el art. *Búlgaros* en la pág. 223 de este tomo.)

(1) Baronio-Spondeo, Eutimio-Sandero, *Heres.* 158.

STADINGO.

Jefe de una secta de fanáticos que hacian profesion de seguir los errores de los maniqueos.

Hé aquí el origen y los progresos de esta secta:

Un día de Pascua una señora de calidad, esposa de un militar, hizo su ofrenda á su cura, y como éste la encontrase muy módica resolvió vengarse.

Terminado el oficio, la señora se presentó para recibir la comunión, y el cura en vez de dársela con la hostia puso en su boca la moneda que ella habia dado por ofrenda. El recogimiento y el temor de que aquella señora estaba penetrada hizo que no se apercibiese de que en lugar de la hostia habia puesto la moneda en su boca, y la retuvo algun tiempo sin apercibirse: empero, luego que quiso tragar la hostia sufrió el más terrible tormento al encontrarse con que era una moneda lo que tenia en la boca.

Nada sospechó contra el cura, y por el contrario creyó que se habia presentado indignamente á la mesa eucarística, y que la transformacion de la hostia en una moneda no era otra cosa que el justo castigo de su crimen. La alteracion de su alma alteró visiblemente su fisonomía, tanto que advirtiéndolo el marido quiso informarse en seguida de la causa que habia motivado aquel trastorno en su esposa, y comprendiendo todo lo que habia pasado pidió que fuese castigado el sacerdote; y como esto no se verificase, él por consejo de sus amigos le mató.

El militar fué inmediatamente excomulgado, pero no se espantó por esto.

Los maniqueos y los albigenes no habian sido destruidos completamente por las cruzadas y los rigores de la Inquisicion. Esparcidos por la Alemania, sembraban secretamente sus errores. Enterados de lo ocurrido con el militar de que hemos hablado, se propusieron aprovechar en favor de ellos aquella ocasion.

Presentáronse á él para demostrarle que los ministros de la Iglesia no tenian poder alguno para excomulgar.

El militar los escuchó favorablemente.

Viendo ellos tan buenas disposiciones se esforzaron para persuadirle que los sacerdotes no solo eran malos ministros, sino que á más eran ministros de una mala religion que tenia por principio el ser enemiga de los hombres, que no merecía ni sus homenajes ni su amor, añadiendo otras mil impiedades por el mismo estilo.

Los stadingos adoptaron, pues, el dogma de los dos principios de los maniqueos, y rindieron culto á Lucifer ó al demonio en sus asambleas, en las cuales los mayores desórdenes y las infamias venian á ser para ellos ejercicios de piedad.

La secta tomó en poco tiempo gran incremento, pues lograron seducir un gran número de personas. Ya hemos hecho notar, hablando de otras sectas, la facilidad con que en aquellos tiempos de tanta ignorancia encontraba en el momento seguidores entusiastas cualquier fanático que se presentaba predicando nuevas doctrinas por absurdas que ellas fuesen.

Contra ellos se mandaron misioneros, pero los sectarios los colmaron de injurias y de insultos, y despues los hicieron morir. Como un crimen conduce á otro necesariamente, llegaron á persuadirse que harian una obra muy agradable á Lucifer, ó al buen principio, haciendo morir á todos los ministros del cristianismo.

Tal como lo pensaron comenzaron á ponerlo por obra en cuanto les fué posible. Corrieron los pueblos y los campos, destruyendo los templos, derribando los altares, y quitando la vida á cuantos eclesiásticos caian en sus manos.

Al entregarse á tales excesos trataban de justificarse diciendo que estaban en el deber de destruir á los enemigos del Dios bienhechor.

El papa Gregorio IX á vista de los progresos que hacian estos sectarios mandó predicar una cruzada contra ellos, concediendo á los cruzados las mismas indulgencias que estaban acordadas para los que iban á la Tierra Santa.

Instruidos los sectarios en el arte militar por el hombre de guerra que habia dado nacimiento á la secta, marcharon contra el ejército de los cruzados, se batieron, pero fueron completamente derrotados. Mas de seis mil herejes quedaron fuera de combate, y la secta se extinguió (1).

Otros herejes hubo en el siglo xiii, tales como Guillermo de Santo Amore, Olivario, Marsilio, etc. No dedicamos á cada uno de estos un artículo especial por no haber encontrado

(1) Nat. Alex., in sec. xii; Dupin, cap. 19.

de ellos noticias detalladas, y de algunos tan solo sabemos los nombres. El siglo xiii fué uno de los en que más combates experimentó la Iglesia por parte de los herejes. Sin embargo, la hija del cielo, la religion santa y adorable pasó aquellas tempestades horribles, como más tarde ha pasado otras no ménos terribles. Mientras sus enemigos han desaparecido en la confusion y el oprobio, la Iglesia de Jesucristo atraviesa majestuosa por medio de los siglos, y los hombres pensadores no pueden ménos de observar de qué manera tan admirable se cumplen los vaticinios y promesas de su divino Fundador, que anunció no solo sus grandes padecimientos sino sus constantes triunfos.

SIGLO DÉCIMO CUARTO.

INTRODUCCION.

Hemos visto que los herejes de la Edad Media en su mayor parte trabajaron por desprestigiar la autoridad de la cabeza suprema de la Iglesia, negando sus prerogativas y queriendo oscurecer la grandeza de que el Fundador divino de la Iglesia plugo rodearle. Para los católicos no cabe duda alguna de que el sucesor de Pedro es el Vicario de Jesucristo sobre la tierra, cabeza visible de la santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana. Desgraciadamente son muchos los que imitadores de los antiguos herejes dirigen hoy sus tiros contra aquella autoridad suprema, y nosotros que hemos expuesto las impías doctrinas de los sectarios, debemos ahora desenvolver las glorias del Supremo Pontificado, con lo que tal vez llevaremos el convencimiento á alguna inteligencia extraviada.